

# LETRAS

LETRILLAS

# L&TRONES

IN MEMORIAM

## PARA DESPUÉS DEL DESPUÉS

FABIENNE BRADU

Meses atrás, a raíz de su última visita a Lebu, Gonzalo Rojas me confiaba en una conversación telefónica: “Apenas ahora comienzo a comprender lo que significa Lebu para mí.” Como era su costumbre, señaló el hecho y no aclaró más. La frase quedó revoloteando entre Chillán y México, y ahora la recuerdo como una cifra de su temple, casi una poética. Para él Lebu no era solamente el lugar de su origen, sino el origen del Mundo: allí descubrió la libertad, el riesgo y la palabra. Gonzalo Rojas se parecía al paisaje de Lebu, que volvió a encontrar, al regreso del exilio, en el Torreón del Renegado: la misma vivacidad, las mismas aguas violentas, el mismo roquerío. Pero no deja de sorprender en un hombre de más de 93 años el “apenas ahora comienzo...” que denota una infatigable curiosidad por el mundo y una paciencia sin par para la poesía que, a mi juicio, eran cualidades palmarias en Gonzalo Rojas. Muchas de sus anécdotas de vida encierran su *ars poetica*: cuando de niño se tiraba al mar

desde el muelle de Lebu, ya estaba cumpliendo el gran salto al vacío que significó para él escribir poesía, la apuesta temeraria de su palabra. Despedazar la sintaxis era su medio predilecto para rearmar “un mundo que no es total, ni liso, sino que está quebrado”.

Lo difícil, le aseguraba un día a una periodista, había sido ganar una conciencia del límite. Saber hasta dónde llegar. Y con su humor característico así lo refrendaba: “El otro día un tipo me preguntó: ‘¿por qué usa esa gorrilla, señor?’ ‘Me indica hasta dónde llega mi pensamiento’.” La singularidad de Gonzalo Rojas, sobre todo de su poesía, reside en la rara alianza entre el arrebató y la poda, entre el desenfreno y la medida, entre ritmo y rigor. “Desmesurado por ignición necesaria, nunca dejé de sostener firme la brida”, aseguraba. Admirador de Ezra Pound, podía repetir con él: “Tenemos en orden nuestras gomas de borrar” a la hora de escribir sus versos con su letra aplicada y honesta. Su signo era la templanza: medía su vino como medía sus versos, y prefería que faltara a que sobrara. “Amo la imperfección como signo de la apertura, y todo es búsqueda sin fin.” El hambre era el motor que lo hacía ir más allá, bus-

car siempre algo más, y no quedarse nunca satisfecho.

Casi toda la vida repitió que “no hay que ser premiable y tampoco hay que ser sentable, ni academizable”, porque “las sillas de la seguridad son las peores”. Pero, a partir de los años noventa, le cayó encima una avalancha de galardones que recibió como una justicia que traía consigo una condena. Aunque parezca poco creíble, no le gustaba la parafernalia de los premios, porque lo sacaban de su tonalidad, del estado de gracia “que es mi forma de mirar el mundo, de fascinarme con la vida, reírme un poco y seguir leyendo y escribiendo hasta que pueda”, y se sometía a los ritos con infantiles refunfuños. En sus últimos recitales públicos, era lamentable observar cómo lo reducían a un rosario de laureles cuando él tan solo aspiraba a ser aprendiz de poeta, a “balbucear el misterio”.

“Aposté a santo, a rey, y necesariamente perdí. Aposté a perdedor y se me dio la poesía”, afirmaba Gonzalo Rojas para resumir su vida y el inexplicable don de la palabra que no acaba de merecerse nunca. En un país como Chile, donde la vida nacional se parece a un partido de fútbol en el que solo queda apostarle a uno de los dos equipos, su independencia estética y política lo convertía en un raro en el sentido dariano del término, un heterodoxo inasible para los dogmáticos y las ortodoxias de toda índole. “Disidente y nunca obsecuente, mi pasión fue la búsqueda; la búsqueda del absoluto.” Su consuetudinaria rebeldía le valió ser condenado consecutivamente por la dictadura militar y la izquierda chilena en el exilio. Muchos años antes, cuando armaba los Encuentros de Concepción como se planea una revolución cultural, alentaba a los jóvenes, que siempre fueron sus más fervientes lectores, a hacer de la inquietud una íntima consejera: “La inquietud puede ser salvadora; su primera consecuencia es evitar la inercia, el hacer lo de siempre, como si ello estuviera plenamente justificado;

68

LETRAS LIBRES  
JUNIO 2011



Foto: Valentina Siniego

#### +Gonzalo Rojas (1917-2011).

la segunda, eliminar la petulancia y la fácil satisfacción, para sustituirlas por lo más fecundo de que dispone el hombre: el descontento.” Algo de su propia moral trasuda en esta invitación y siempre fue saludada como un síntoma de su juventud espiritual.

La única obediencia a la que se sometía era la que le dictaba la poesía, el compromiso con la palabra verdadera. Se reivindicaba como “un vagamundo, un hijo del torbellino”, porque un vagamundo es el que se atreve con el mundo, con la libertad y con la imaginación. Y también afirmaba: “Yo soy más un niño que un mago o un vidente.” Huérfano universal como Nerval, en cambio no fue un *Desdichado*: amó y celebró el amor como pocos poetas en este siglo. Pero no siempre y no todos comprendieron que el amor que celebraba era más sagrado que concupiscente. Entonces, resolvió la disyuntiva calificándose a sí mismo como “místico turbulento”. Antes que al surrealismo, sus raíces literarias remiten al romanticismo, pero él mismo precisaba: “Más bien pienso que lo mío es muy terrestre, y que hasta mi

cielo (tan romántico y tan Novalis) está abajo, en la profundidad, y mi infierno, si lo hay, en el fuego de lo amoroso.”

Su longevidad apenas mermó su capacidad creativa. Escribió poemas prácticamente hasta el final: “la suma de experiencias, las décadas que han pasado, permiten que uno se convierta en el inconsciente que debió haber sido siempre”. Se concebía a sí mismo como un libro inconcluso y no cejó en su afán de aproximarse al enigma, siempre más poderoso que la lucidez, y de intentar encontrar la palabra más justa, la siempre faltante. “¿De qué nos disfrazamos cuando escribimos que no sea de tiempo?”

“De repente estamos aquí y ese es el juego: de repente no estamos”, es una de sus célebres frases que no se cansaba de repetir. De repente, Gonzalo Rojas ya no está aquí. Difícil de creer, más duro aún de aceptar. Escribió numerosos poemas sobre la muerte; escribió singulares elegías a sus amigos fallecidos, a sus escasos héroes. Escribió varios epitafios para su propia tumba, imaginó eventuales maneras de morir y atinó en más de una ocasión: “aquí está el derrame, / cierre esa mano de loco, cerebral”; o bien: “No llores mi partida hacia otros rayos. / Soy como este árbol. Moriré / por la cumbre.” Nos incitó a huir del patetismo y de la liviandad, pero no nos dio las palabras equidistantes de estos dos polos para expresar nuestro dolor por la pérdida de su persona. Desde antes, nos había conminado con una pregunta: “¿qué sacan con llorar?”, y sin embargo, “sin quererlo, lo lloramos”. En un ensayo dedicado a Rubén Darío, Gonzalo Rojas apuntó con una inusual precisión: “Leído ayer 2 de octubre del 97 en un diccionario de símbolos: ‘entrar en el azul equivale a pasar al otro lado del espejo.’” Quizá, como él creía, la muerte sea un regreso al origen. Si así fuera, entonces, Gonzalo Rojas ya estará volando en el azul de Lebu. —

## POLÍTICA EUROPA TIENE MIEDO

IRENE LOZANO

El pasado mes de marzo, Berlusconi visitaba Lampedusa para contar a la población que se acababa de comprar una casa allí: “Soy uno de los vuestros.” A continuación prometía limpiar la isla de inmigrantes en sesenta horas y atajar los problemas de este modo: “He visto que tenéis poco verde, haremos un Plan Verde con flora mediterránea el próximo otoño y un campo de golf. Los colores de las casas del puerto los cambiaremos, haremos un Plan Colores. Además, daremos gasoil gratis durante un año a los pescadores. Y os quitaremos los impuestos durante doce meses. He decidido proponeros para el premio Nobel de la Paz, porque sois la frontera entre la civilización africana y el bienestar europeo. He comprado los pesqueros de los tunecinos, para que no puedan volver a usarlos. Y he dado orden a RAI y Mediaset para que emitan anuncios y reportajes sobre Lampedusa, con el fin de que vengan muchos turistas italianos.”

No hay mejor ejemplo de banalidad política que esas palabras: la identificación primitiva del líder con los ciudadanos por su pertenencia a la comunidad; el populismo de eliminar los impuestos arbitrariamente y regalar el combustible; el desprecio a un público infantilizado al que se engatusa con los colores de las fachadas; la confusión de lo público y lo privado. Y, como guinda, un elogio moral que hinche el orgullo de un pueblo digno del Nobel.

Preferiría pensar que nos hallamos ante un líder extravagante, pero la historia de la última década demuestra que Berlusconi es el sapo más aventajado de la ciénaga europea, envenenada por el nacionalismo y la religión, secuestrada por el miedo, liderada por gobernantes que se mueven entre la trivialidad y el delito. Lo último que inventaron los intelectuales europeos antes de abandonar la escena pública fue ese



Foto: © Nicolo Giarra/Milano/Flickr

#### +El ocaso de los líderes europeos.

artefacto de la posmodernidad, definida por Zygmunt Bauman como “la modernidad sin ilusiones”. Ahora, desprendidos de todo ideal, se revela falsa la premisa posmoderna del fin de los relatos, pues estos no dejan nunca de existir, solo cambian de contenido. Y el que Europa se está narrando augura un futuro siniestro.

En Finlandia el partido de los Auténticos Finlandeses —con esa retórica que evoca la pureza pistolera del IRA auténtico— no había logrado desde 1997 más de un 4% en distintas elecciones. En abril, obtuvo el 19% de los votos con un mensaje ultraderechista y antiinmigración. En Francia, Marine Le Pen, heredera del partido de su padre en la mejor tradición nobiliaria europea, aparece como estrella fulgurante de la clase obrera. Según una encuesta publicada el mes pasado por *Journal du Dimanche*, cuenta con el apoyo del 36% de los franceses, frente al 15% y al 17% respectivamente de Sarkozy y Strauss-Kahn, cuyo prestigio no aumentará tras haber sido acusado de intento de violación. En Hungría el partido gobernante aprueba en solitario una nueva constitución, que celebra la identidad cristiana del país —nada dice de la otra raíz europea, la filosofía griega—, y coarta la libertad de prensa, además de prohibir el aborto y los matrimonios homosexuales, y reservarse el derecho de defender a la población

magiar de todo el mundo, por ejemplo, a esos 500.000 que viven en Eslovaquia. Mientras los tunecinos acogen a más de 600.000 refugiados de la guerra de Libia, en Europa solo 25.000 recién llegados llevan a cuestionar la libre circulación de personas, uno de los principios rectores de la UE. Impaciente, Dinamarca rompe con el tratado de Schengen y reestablece los controles fronterizos.

Al parecer todavía hay quien ignora qué Europa saldrá de todo esto. La moneda está en crisis, y frente a la quiebra de Grecia, Irlanda o Portugal, Angela Merkel estimula el resentimiento falseando los hechos: presenta a Alemania como sufrida pagadora del despilfarro de otros, pese a ser los bancos alemanes los principales interesados en el rescate de esos países. La política exterior europea no existe, y acontecimientos como la primavera árabe ponen de manifiesto que esa democratización, esperanzadora para los ciudadanos de a pie, solo produce desorientación y miedo en las élites políticas: miedo a olas migratorias que no puedan transformarse en votos; miedo a una subida del precio del petróleo; miedo a nuevos regímenes renuentes a comprarnos armas.

Frente a un mundo incierto, el pavor inyectado en los discursos solo puede alentar el nefasto nacionalismo, ese postrer refugio de los canallas. Una vez desatado, el particularismo muestra su naturaleza insaciable: se rechaza a los africanos por extracomunitarios y a los griegos por comunitarios. Ante cada reunión del Consejo Europeo, los gobernantes piensan en cómo vender a su opinión pública no un avance de la integración o el europeísmo, sino una ventaja nacional obtenida tras una negociación cuasi heroica.

Y sin embargo, emerge con fuerza una asombrosa coordinación en lo tocante a las políticas económicas, porque esa misma Alemania que se desentiende de Libia y simula desdén hacia los griegos cree en la soberanía compartida cuando se trata de dictar recortes de pensiones, restricciones

del gasto público y reducción del déficit. Si en el eje geográfico se impone lo nacional, en el eje ideológico el triunfo de las ideas de la derecha ultraliberal es abrumador, hasta el punto de que han sido asumidas incluso por los socialdemócratas presuntos. La izquierda carece de discurso; se mueve entre algoritmos matemáticos, en lugar de reivindicar la vertiente social de la economía. Nos dice que para defender el Estado de bienestar ha de liquidarlo y para garantizar las pensiones debe recortarlas. Se ha convencido del virtuosismo absoluto del mercado, pero cuando la crisis lo ha puesto en tela de juicio, ha recurrido al contribuyente para subsanar los errores de los bancos. Tampoco fuera de la economía tiene ideas mejores. Demoniza la xenofobia, pero como no es capaz de oponerle un discurso con sus valores tradicionales —la tolerancia, el cosmopolitismo, la igualdad—, para el votante acaba resultando más verosímil el temeroso cuadro de la ultraderecha, según el cual los aborígenes perderemos el empleo, la identidad cultural y las ayudas sociales a manos de los extranjeros.

Nos debatimos entre el conservadurismo de la izquierda y el reaccionarismo de la derecha. Por eso Europa es antieuropea. “Desde las cruzadas hasta los últimos conatos de revoluciones, la historia de Europa ha estado movida por utopías, por grandes imposibles”, escribe María Zambrano en *La agonía de Europa*. La última utopía europea fue Europa, articulada en una entidad supranacional que comenzó con la modesta aspiración de que las nuevas generaciones estudiaran las dos guerras mundiales como guerras civiles y el intercambio de bombas diera paso a la libre circulación de personas y mercancías. Los líderes europeos actuales no creen en Europa: prefieren cerrar las fronteras a abrir las mentes, han quedado ciegos para el largo plazo y confunden la democracia con las encuestas. El problema es que los “grandes imposibles” no admiten término medio. Cuando se niegan los relatos emancipadores, se impone la forma conservadora de mirar al futuro: con miedo. Y cuando se deja de

confiar en el progreso sobreviene la regresión a los olores del cáliz y la aldea. La vieja ilusión de la unidad ha dado paso a la encanijada utopía economicista: el déficit como eje de toda ambición política. Eso es Europa hoy. Poca cosa, a decir verdad. —

## LITERATURA MERODEOS

☞ IDA VITALE

**M**erodear es una palabra sordida. Tiene olores y movimientos animales. El ladrón merodea una casa. Un chacal merodea y olfatea a la gacela-posible víctima. No la aplico al vagabundo sin proyectos, a los pasos que siguen un rumbo que no existe hasta que no se traza, tantas veces con propensiones a la magia.

El oficio más natural del mundo se me hace el de buscador de oro, que siempre pienso como *orpailleur*, ya que nuestra lengua no tiene un equivalente sintético, como no sea gambusino, que descubrí tarde y no me dice lo mismo. Todos buscamos, todo el tiempo, para encontrar. Y aquello a lo que se llega, distinto para cada búsqueda, es el oro final.

Puedo imaginar a Mozart en carruaje, sin duda, siempre con prisa hacia el próximo piano; pero los románticos alemanes gustarán caminar tras lo buscado y así los veo. La imagen que primero viene a mí, cuando algo me hace evocarlos, es una silueta oscura, de levita y cabello largo, que sube la cuesta de un bosque, apoyada en un bastón, en un contraluz de Friedrich. Puede ser Goethe que recorre Italia en busca de la planta o del árbol originario, Chamisso o Jean Paul, en busca de sí mismos, los Grimm, de aldea en aldea, tras las fábulas que acopian, o William Hazlitt, por colinas y valles ingleses, sobre todo tras la deseada soledad.

Y nada de eso suena a merodeo. Ellos iban. Podemos vagar por las calles desconocidas de una ciudad en busca de algo, muchas veces no sabiendo qué. Cumplimos nuestro deber de buscar, confiando en que el rumbo elegido cumpla el suyo de ofrecer. Nuestra

mirada avanza, sumaria, sin abrir aún sus puertas hacia la memoria. Algo de pronto la recibe. A veces es el horror: un ser con un labio inferior monstruoso y, espantados, olvidamos que ser imperturbables no siempre es indiferencia: puede ser caridad. Otras, hay una sonrisa mutua y un abrazo impalpable: nos hemos detenido ante la gracia y nos alegra su registro: la criatura o el perrito simpático. O es el disparate, ahora fijado para siempre: en Padua, un jardín doméstico que relumbra de aceros. Pérgolas de acero, barandas de acero, acero para las verjas... Uno esperaría senderos revestidos de pequeñas guijas de lo mismo. Quizás faltan por ser portátiles y traslaticias... No quiero pensar en el esfuerzo que tendrán que hacer las plantas para abrazarse a estas estructuras inhóspitas que las achicharrarán en el verano y harán más helado el invierno. Es imposible no lanzarse a imaginar la fuente mental de este prolijo espanto: ¿un fabricante que emplea su producto, quizás su exceso?, ¿un nuevo Shylock que ha cobrado una deuda en especies y con ellas asesina su jardín, volviéndolo cárcel y tortura para el espacio y para quien lo mira? Como sea, ahí quedó la imagen para las pesadillas frías.

A veces el pasado no se cierra “como los ataúdes” y guarda una especie no extinta, que no confundido con el viajero, sea Chatwin o Manganelli o Vila-Matas. Es la de ese caminante que va al limpio descubrir, sin salvaguardias. El protagonista de una deliciosa novela muy moderna, *El año de la liebre*, de Arto Paasilinna, camina a través de Finlandia, sin proyecto, librado al destino, más en la naturaleza que en las ciudades, en compañía de una liebre accidentada, cuya curación ha domesticado y que se constituirá en la causa y en uno de los accidentes del viaje, ya que está prohibido apropiarse de animales salvajes. W. G. Sebald alcanzó la fama tras su muerte con el escrupuloso registro de retazos autobiográficos, a menudo unidos por el hilván nunca sobrante de las coincidencias, hilván que él suele tender a pie. Y tanto camina por calles y por parques

que un día, viéndose observado por el portero del hotel donde duerme, cae en la cuenta de que, polvoriento y con los zapatos destrozados, ya no se distingue de un vagabundo. Jacques Réda va recogiendo en sus constantes caminatas el material sutilmente variado de sus libros sucesivos, en los que recorre paisajes, caminos, pueblos franceses, a pie o en bicicleta, arrosando subidas y chaparrones, o calles de París, en las que afina su observación hasta extraer imágenes de estupear, que cuajaron esa única vez para su mirada incisiva. Lo leo sin esperar escándalos, apenas el ultrasonido de su atención extrema, que me depara el placer de unas variaciones no apremiadas. Más de veinte años de dejar que los ojos divaguen por las grandes encinas que veo desde mi ventana, aguzan la receptividad para la mínima letanía que solo varía en el tono: paciencia e impasibilidad, sin más alarma que la de un pájaro desprendido de las ramas o el cambio de color de las hojas, según las estaciones. Sin embargo, de ese merodeo visual siempre algo queda. Queda la palabra en que el escritor rescata ideas y emociones. Queda un inolvidable croquis de Durero, tan poco paisajista. Quedan los prodigiosos apuntes chinos de Shitao o Juran, que después prolongarán en distintos estilos los japoneses, Hokusai o Hiroshige. Quedan los fondos de la pintura flamenca, de la toscana. ¿Qué dejará en materia de paisaje el arte de estas últimas décadas, de un siglo que tanto destruyó y tanto rechazó? —

POLÍTICA INTERNACIONAL

## LOS MOTIVOS DE LA ALEGRÍA

☞ LEON WIESELTIER

**A**lgunos días después del 11 de septiembre de 2001, mi mujer y yo fuimos caminando a la Casa Blanca. La ciudad estaba paralizada por el miedo y el duelo. No estaba claro que el peligro hubiera pasado. El aeropuerto estaba cerrado. En la televisión los malhadados aviones continuaban estrellándose contra

las torres y las malhadadas torres continuaban desplomándose, hasta que el horror empezó a parecer un tanto irreal. El torrente de palabras, la erupción inmediata de comentarios y análisis, el triunfo indecente sobre el pasmo y el silencio empezaban a provocar la misma sensación. Para preservar la punzada de la realidad, cambiamos la casa por la ciudad nerviosa. Lafayette Park estaba casi desierto. El silencio no conocía la paz. El cielo vacío era un emblema del temor. Había francotiradores en el techo de la Casa Blanca, que de pronto parecía un objetivo. Sentarnos en una banca fue una pequeña expresión de nuestra asertividad, un acto de solidaridad con la vida cotidiana que parecía estar bajo amenaza y con la lucha que estaba por venir. El aislamiento estadounidense estaba deshecho. Era uno de esos momentos —nuestra historia vigorosa y afortunada nos había evitado muchas de esas crueles epifanías— en los que reconoces cuánto importa tu país, este país.

Recordé esa hora fatal en Lafayette Park ayer por la noche, parado en el mismo lugar y rodeado por la multitud regocijante. La noticia de la muerte de Osama bin Laden hizo que miles de personas y cientos de banderas llegaran a las puertas de la Casa Blanca. Eran jóvenes, diversos y ansiosos. Había soldados, marines creo yo, entre los civiles que celebraban. Un joven sonriente portaba un pequeño papel en el que estaba escrito: “Un musulmán contento.” Otro letrero, que no causó controversia decía: “Regresen a las tropas a casa”, mientras que un corpulento hombre negro tocaba “When Johnny Comes Marching Home Again” con una pequeña trompeta. Una mujer con bastante ingenio había escrito en la tapa de una caja de pizza que Donald Trump quería ver el certificado de defunción de Osama bin Laden. Casi todos anunciaban por Twitter su deleite. (Una multitud tuiteante es una multitud menos atemorizante.) Se bebió y se derramó mucha cerveza. La escena



+La celebración en Lafayette Park.

era un desorden, obviamente. El triunfalismo casi nunca es cosa bella. Pero aun así se imponía hacer ciertas distinciones. Esta multitud no quemó la efigie de nadie, la bandera de nadie, los libros de nadie. Se reunió para celebrar un acto completamente defendible, cuya justicia podía ser corroborada con argumentos más allá de los nacionalistas. Después de todo, Osama bin Laden mató a más musulmanes que estadounidenses y representaba una de las ideas más nocivas de nuestro tiempo: la restauración, por la vía de la violencia santificada, de un mundo humano sin derechos. No hay hombre o mujer decente en ningún lugar del mundo —y nada lo ha demostrado de manera tan marcada como la democratizada plaza pública árabe— que no quiera que esta teología política armada sea derrotada. Si alguna muerte justifica el regocijo, es la muerte de Osama bin Laden.

Aun cuando me satisfacían las bases universales que sostenían el júbilo de la gente, confieso que no estaba buscando desesperadamente esa emoción. La explosión de patriotismo en Lafayette Park me parecía también una expresión de moralidad. Para empezar, me sorprendió y me alegró de una forma oscura darme cuenta de que la herida del 11 de septiembre aún estaba tan fresca, y también para gente que era joven cuando ocurrió el ataque. Las presiones del materialismo estadounidense y del frenético

modo de vida estadounidense sobre la memoria colectiva estadounidense son enormes, y ni siquiera las dos guerras que estamos peleando —ambas legado del 11 de septiembre— parecen haber logrado centrar mucho tiempo la atención del país en los fundamentos de nuestro conflicto con la tiranía medievalista. Bin Laden mismo no era la amenaza que fue una década atrás. Ahora era más bien un símbolo de su propia maldad, una figura cuyo poder era fundamentalmente mítico. Pero los símbolos y los mitos también son reales, y los celebrantes en Lafayette Park no habían olvidado la atrocidad de hace una década. Y sabían también que, cualquiera que sea el efecto disuasivo de la aniquilación de Bin Laden, se había hecho justicia. La operación en Abbottabad fue un acto de venganza, sin duda, pero nunca había habido una multitud a las puertas de la Casa Blanca exigiendo esa venganza. Llegó ahí solo para afirmarla cuando esta ya había sucedido. Los jóvenes de anoche no eran jóvenes sedientos de sangre. Eran simplemente conscientes de que tenemos enemigos. No había nada torcido en que ellos sintieran que el enemigo de su país es también su enemigo.

No fui a Lafayette Square para mirar; fui también a unirme. Siempre he creído en el carácter moral del contraterrorismo (y en el subsiguiente cálculo de medios y fines, claro está) y estaba eufórico con esta vindicación del contraterrorismo, teme-

rario pero escrupulosamente llevado a cabo. Reaccioné de manera visceral al anuncio del presidente Obama, y en este caso no tengo que disculparme por mi visceralidad. Cuando la multitud se congregó fuera de la Casa Blanca y cantó más de una, más de dos veces el himno nacional y “God Bless America”, canté con ellos más de una, más de dos veces. (No los seguí cuando entonaron “We Will Rock You”.) No, la muerte de Osama bin Laden no es un gran logro estratégico. En los últimos diez años las fuerzas de reacción en el mundo musulmán han cambiado su configuración y derrotarlas —cosa que no puede ser tarea exclusiva de Estados Unidos— será mucho más difícil de lo que fue hallar a Osama bin Laden. Hay muchas cosas más complicadas que decir acerca de las consecuencias prácticas de la misión en Abbottabad. Pero no debemos disminuir lo que consiguieron esos tres helicópteros estadounidenses. El simbolismo contenido ahí —esa prueba de que Estados Unidos no ha claudicado— también es real. No se puede luchar por los objetivos estratégicos —seguridad para Estados Unidos, liberalización de las sociedades musulmanas— cuando su significado parece agotado o disminuido. En la medida en que la muerte de Osama bin Laden refresca nuestras memorias, refresca también nuestros motivos. Seríamos poca cosa si pensáramos de otra manera. —

TRADUCCIÓN DE PABLO DUARTE  
© THE NEW REPUBLIC

## IN MEMORIAM LA PREGUNTA POR LOS MUERTOS

SOBRE ERNESTO SABATO

✎ PABLO E. CHACÓN

Extraño país el que recuerda al escritor recientemente fallecido casi como un cómplice de la última dictadura militar por aceptar almorzar con el general Jorge

Videla, en compañía de Borges y del padre Leonardo Castellani a dos meses de que los uniformados asaltarán las instituciones republicanas. Extraño país que olvida su tarea como presidente de la Comisión Nacional de Personas Desaparecidas, CONADEP, para elaborar, en 1984, por orden de Raúl Alfonsín, el “Nunca más”, un informe donde figuran los nombres y apellidos de los torturados, violados, vejados y asesinados militantes de la izquierda, revolucionaria y reformista, y los de sus parientes, amigos y allegados que hasta ese momento podía darse fe estaban “desaparecidos”, esa figura que nombraría desde entonces el “triste privilegio de ser argentino”.

Ese es uno de los destinos de Ernesto Sabato.

Aclaremos: el trabajo de la CONADEP, a pesar de las posteriores leyes del perdón que amnistiaron a la mayoría de los militares que irían a juicio, leyes concedidas por los sucesivos levantamientos de los “carapintadas” (que carecían de *sponsors* civiles pero lo recibían de muchos sectores sindicales), dejó al gobierno radical al borde del colapso. El argumento para defender esa legislación era inconsistente o cobarde: los militares no contaban con el apoyo de la sociedad, si exceptuamos el silencio de las cámaras agrícolas y empresarias, y de ciertos gremios que nunca se identificaron con el peronismo que acompañaba a Alfonsín, pero que en las internas de 1988 serían clave en el triunfo de Carlos Saúl Menem, que como presidente dictó el indulto que dejó libre a la jerarquía juzgada y permitió el regreso al país de los líderes guerrilleros en el exilio. El “Nunca más” fue el precedente insoslayable para que Néstor Kirchner pudiera abolir aquellas leyes y relanzar los juicios que hoy continúan bajo el mandato de su esposa, la presidente Cristina Fernández.

Extraño país, la Argentina, que se niega a reconocer que el golpe militar de marzo de 1976 fue saludado por la mayor parte de los

ciudadanos, de la misma forma que el amañado mundial de fútbol de 1978 y la chirinada en Malvinas de 1982.

Extraño país donde el peronismo derrotado por Alfonsín en 1983 proponía en su plataforma electoral la amnistía para los asesinos de sus excompañeros, y donde años más tarde se festejó la ortodoxia monetarista de Menem, se abominó de la corrupción —sin entender que una es efecto de la otra— al punto de entregar su voto en 1999 a otro conservador, Fernando de la Rúa, un radical de la provincia de Córdoba que terminó escapando en helicóptero, dos años después, en medio de un país incendiado, saqueado y destruido, dejando más de cuarenta muertos y cientos de heridos en las calles porteñas.

Ese es el otro destino de Sabato, convertido, desde principios del tercer milenio, en profeta de una juvenilia despolitizada, arrasada por la credulidad y por la implosión de la educación pública. Acaso muestra en ese momento lo complicado que es atender determinadas cuestiones sin caer en el lugar común o la megalomanía. Antes que un sóviet, podría haber dicho, siempre es preferible la domesticación ante las urnas. Pero eso lo escribió María Moreno, periodista de estirpe, sin ánimo didáctico.

Extraño país donde los escritores siempre se han mezclado con la política, y casi siempre han terminado expulsados, o arrinconados en el periodismo o en el silencio, que es otra forma de desaparecer (aunque no del todo). Sabato y Borges, en el almuerzo con Videla, no piden por Haroldo Conti. El que pide por Conti es el padre Castellani. Pero Conti es un detenido-desaparecido. La leyenda cuenta que Sabato pide, más tarde, por Antonio Di Benedetto, a quien los militares liberan bajo la condición de un exilio forzado. Di Benedetto se exilia en España. Escritor y periodista mendocino, autor de *Zama*, no soporta la soledad, vuelve al país. Se muere a los meses. La tristeza es una asesina mayúscula. Sabato es contemporáneo también,

tiempo después, de la emboscada que la marina le tiende a Rodolfo Walsh en el centro de Buenos Aires. Walsh se defiende; cae, atravesado por la metralla de los mismos que desde el aire habían disparado sobre la población civil en 1955 en la Plaza de Mayo. “El capítulo XXVI de la segunda parte de *Sobre héroes y tumbas* (tercera edición, Fabril, 1964) narra en menos de una página el bombardeo a Plaza de Mayo, del 16 de junio de 1955, sin mencionar que haya habido muertos sino, hábilmente, para no suscitar en el lector la pregunta por los muertos. No hay ninguna razón literaria para este procedimiento: la razón es el cálculo político de Sabato, en 1961, bajo el gobierno de los mismos que habían ejecutado aquel bombardeo” (Pedro Lipcovich, *Página/12*, domingo 8 de mayo, 2011).

Extraño país. A Borges nadie le pide explicaciones, excepto Onetti, por ir a recibir una condecoración de Augusto Pinochet a Santiago de Chile. A Borges nadie le pregunta por Conti. A Borges lo saluda el gran pueblo argentino cuando recibe a las Madres de Plaza de Mayo, cuando insulta a los militares después de la vergüenza y de las muertes en el Atlántico sur, cuando escribe su poema de los soldados en la guerra. Dos o tres años antes de morir, Borges, en la Argentina, sigue siendo resistido por la izquierda atrabiliaria, cada vez menos; cada vez, en cambio, la amargura de Sabato se hace más notable. A cierta altura, a Borges, anarquista aristocrático, intacta capacidad para la réplica, tanta que a Onetti lo desarma con sus mismos argumentos, se le cree: sus convicciones, su impunidad, su prestigio, lo vuelven un intocable. La derecha lo reclama para sí; la izquierda divide: están los textos, y está el personaje (un personaje, incluso, que puede ser adorable: en términos deportivos, la mejor pluma del castellano desde Cervantes a la fecha). Sabato no tiene esa suerte. La muerte de Borges, en 1986, es el comienzo del fin. Borges es su contrincante, su



• Ernesto Sabato, alma solitaria-solidaria (1911-2011).

espejo deforme, es la precisión del lenguaje, su elegancia. Antes del fin, fallece su hijo Jorge Federico, cientista social formado en París, en 1995, y su esposa Matilde, en 1998. Pinta, se encierra en Santos Lugares; de tanto en tanto escribe cartas abiertas a la juventud que lo idolatra en los programas de la televisión chatarra. Atravesar el siglo al lado de Borges no es fácil para quien abandona la física teórica por un romanticismo acriollado, torturado al punto de aceptar la presidencia de la CONADEP, sin dudar que logrará, una vez más, ratificar lo espantoso que es el mundo.

Extraño país, la Argentina, para un excomunista que se vuelva a la literatura de la mano de Tolstói, Camus y Sartre. Sabato publica en *Sur*, la revista de Victoria Ocampo, pero es un alma solitaria; pretende escribir una novela; acaso su ideal sea Sarmiento, pero el problema, otra vez, es Borges. Publica libros contra la deshumanización que provoca el avance de la ciencia y su primera ficción, *El túnel*, en 1948. Delega sus ideales políticos en su hijo Jorge y en Dante Caputo, canciller de Alfonsín. Encuentra en Menem la coartada perfecta para justificar su antiperonismo, ese que lo empujó a escribir un libelo contra el militar, donde lo trata de “hijo ilegítimo”, firmado con seudónimo y publicado en Montevideo. En el funeral, los ausentes son los escritores. Los que hablan para agencias o diarios

recalcan que *Sobre héroes y tumbas* es una novela de adolescencia, y sobre *Abaddón el exterminador* guardan silencio. A punto de cumplir los cien se muere, en su casa de Santos Lugares. Decir que Borges solía llamarlo “Ernesto Sótano”, por su inclinación a las catacumbas y a las profundidades, es una broma que Sabato habría festejado. —

## CIUDADANÍA EL 68, EL 15-M Y LA POLÍTICA REAL

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

En 1968, después de que los estudiantes tomaran las calles de París tras el cierre de la universidad, De Gaulle estuvo convencido de que se hallaba ante un intento de revolución comunista y corrió a buscar ayuda militar para reprimirla. Visto ahora, parece un poco ridículo pensar que aquellos jóvenes burgueses y lenguaraces, que decían cosas por lo general incomprensibles y eran vistos con inmenso desdén por la izquierda obrera, pretendieran dar un golpe de Estado. Pero lo cierto es que en eso habían consistido todas las revoluciones en Occidente hasta entonces, como demostraba la más o menos reciente en Cuba: tomar el poder por métodos violentos. Lo de París en 1968, sin embargo, era algo enteramente distinto: a diferencia de todas esas

sangrientas revoluciones anteriores, tenía un inequívoco elemento de provocación hedonista a los valores mayoritarios. No sabía lo que quería, pero quería conseguirlo divirtiéndose.

Durante las últimas semanas se han producido en muchas ciudades de España manifestaciones y pequeñas revueltas. Son de un carácter diferente de las del 68 en muchos sentidos; para empezar, los *soixante-buitards* formaban parte de la generación más próspera de la historia, y su malestar era una mezcla del deseo de mayor libertad de expresión y sexual, y de un empacho de teoría posmarxista. Movimientos como Democracia Real Ya, impulsor de las manifestaciones y las sentadas anteriores a las elecciones, nacieron, por supuesto, en un contexto diferente. Sus participantes más jóvenes forman parte de la generación española con menos expectativas laborales en décadas, y sus quejas nada tienen que ver con un clima de intolerancia moral, sino con el miedo ante lo que interpretan como una pérdida de los derechos económicos y políticos que sus padres les habían prometido. Sin embargo, algo les une con el 68: si aquellos jóvenes habían descubierto el rock y la televisión como medios de transgresión, los nuestros tienen Twitter e internet. Y, además, han aprendido de sus predecesores que la revuelta ya no es un asunto eminentemente político, sino mediático: no importa el arsenal de propuestas con que retas al sistema, importa que todo el mundo sepa que retas al sistema. El bello Cohn-Bendit sonreía ante las cámaras. Nuestros jóvenes teclean en sus iPhones.

En ese sentido, lo que nació como un movimiento de gran sofisticación organizativa y de supuesta pluralidad ideológica pronto quedó reducido a un asamblearismo que mezclaba los elementos pedagógico-teatrales del movimiento antiglobalización —los talleres de feminismo, el mimo, los tambores— y la ideología utópica de los grupos a la izquierda de la socialdemocracia. Lo que podía haber sido un estallido de ira

más que justificada entre las clases medias, quedó reducido al cabo de una semana a un espectáculo que excluía a la mayor parte de los ciudadanos y que se blindaba a sí mismo con propuestas maximalistas que no podían tener influencia real sobre los políticos porque eran, en general, ridículas: de la nacionalización de la banca a los créditos sin intereses; de la eliminación de la presunción de inocencia entre los cargos públicos a la supresión de la inmunidad parlamentaria: todo mostraba una increíble ignorancia de los fundamentos básicos de la economía de mercado y de la política democrática.

Quizá por ello, el efecto de las manifestaciones en las elecciones autonómicas y locales fue nulo o muy pequeño. Quizá algunos de los puntos porcentuales de voto que perdieron los grandes partidos o el aumento del voto en blanco pudieran atribuirse a la llamada de algunos de los manifestantes al voto protesta, pero incluso eso es difícil de saber. Y lo que está claro es que esos sucesos, pese a su inmensa e hipnotizadora repercusión mediática, no tuvieron nada que ver con los tres elementos verdaderamente relevantes de las elecciones: el desplome del PSOE, el éxito inesperado de Bildu y el auge de UPyD.

Con todo, pese a su irrelevancia en la política electoral, y su incapacidad para permear en los partidos, las acampadas son una potente expresión de nostalgia, de repudio al presente por parte de los jóvenes, que muy probablemente no va a dejar de repetirse en lo que queda de legislatura y más allá. La naturaleza esencial de sus reivindicaciones es reaccionaria: pretenden detener el tiempo en algún momento del pasado que, pese a ser tan reciente, ya han podido reinventar según sus deseos: los partidos políticos eran cercanos a los ciudadanos, los mercados prestaban dinero a los Estados pidiéndoles poco a cambio, lo público financiaba incluso los caprichos privados y, por encima de todo, los increíbles cambios demográficos de

las últimas décadas no tenían por qué alterar el alcance y la intensidad del Estado del bienestar. Naturalmente, ese pasado nunca existió, pero quieren imaginar que sí y desean volver a él con medidas puramente populistas que tienen tanto apego a la realidad como las que propone su contrario pero simétrico Tea Party estadounidense. Una forma de canalizar el odio a las élites con propuestas vacías. “We want the world and we want it now”, como cantaban los Doors, no es una propuesta política, es el grito de un adolescente.

Las manifestaciones de los franceses en 1968 y las de nuestros días, con su fondo de ira justa, se diferencian en que aquellas exigían menos injerencia del Estado y estas más. Lo cual complica aún más su salida, porque las medidas que pueden remediar el catastrófico desempleo juvenil y la precariedad laboral de tantos españoles son exactamente las contrarias a las que su hiperintervencionismo sin matemáticas propone. Pero en algo se parecen: en su necesidad obsesiva de que los medios les presten atención, en su desdén por la política real de intereses contrapuestos, en su irritante concepción lúdica e ineficiente de la discusión pública. Tras mayo de 1968, De Gaulle convocó a toda prisa unas elecciones y la derecha que él lideraba las ganó con un sesenta por ciento de los votos, y tanto comunistas como socialistas vieron reducida a casi la mitad su representación. Años más tarde, los jóvenes *soixante-buitards* serían quienes conformarían buena parte de las élites de los partidos de izquierdas —y de derechas también, no lo olvidemos— europeos contra quienes ahora nuestros jóvenes protestan. Una vez más, después de nuestro particular 68, la derecha ha arrollado en las elecciones e inicia lo que parece un largo ciclo de dominio conservador. Quizá tras él nuestros acampados se introduzcan también en el sistema y hasta lo lideren. Eso, claro, si alguien ha tenido la valentía de reformar ese sistema y existe aún cuando los jóvenes sean adultos. —